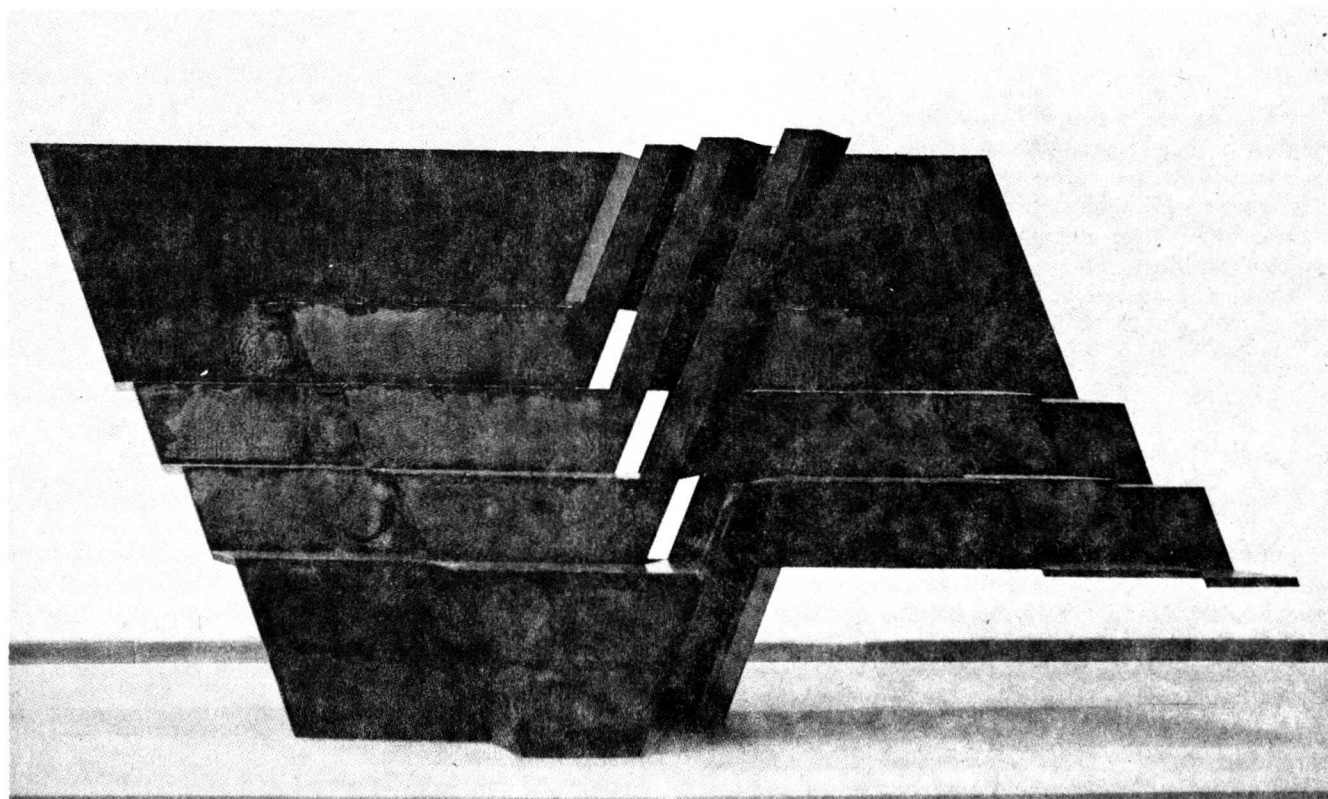

LA VEJEZ DEL BILLONARIO

Por
Nicolás Suescún



“Recuerdo de Machu Picchu No. 3, Las Terrazas”. 1984. Altura 1.38 mts.

Dejaba caer las cosas. Sus manos ya no obedecían a su voluntad. Quería tomar no una ni dos sino una multitud de objetos, para cerciorarse de que los poseía de verdad, pero sus dedos se negaban a cerrarse en torno a cualquier cosa, un plato, un cenicero, un candelabro, un jarrón chino, un brazalete, un libro, un periódico, una moneda, un alfiler, un cepillo de dientes o un jabón, y hasta una tenue hojilla de suave papel higiénico o una mota de algodón.

Podía mover sus piernas y sus brazos, pero no podía salir solo, esa vieja costumbre que lo hacía diferente de los demás plutócratas. Había leído en las Mil y Una Noches que los califas salían a las calles de sus ciudades para mezclarse con las multitudes y que los más sabios gobernantes terciaban con sus pueblos en forma anónima para saber lo que pensaban de ellos. Y cuando a él le preguntaban, antes de su enfermedad, por qué rechazaba su limusina favorita cada vez con más frecuencia, afirmaba

que lo hacía para seguir el ejemplo de aquellos hombres prudentes que no despreciaban el sentir popular.

No era eso, por supuesto, lo que lo movía a salir como cualquier vecino que va de compras, se mete en un cine o en un evento deportivo, y corteja mujeres con el cierto propósito de seducirlas en sórdidos hoteles y moteles de tiesas sábanas manchadas.

El no. Era, después de todo, hombre de gusto refinado hasta un punto que ni su esposa, ni sus hijos, ni sus nietos —tal vez sólo el más pequeño de todos— alcanzaban o alcanzarían nunca a comprender. Un caballero. Además metódico y discreto. Tenía un precioso apartamento que nadie en su familia o en sus compañías conocía. Sólo personas que ignoraban su identidad —un nombre que estaba en todas las bocas— habían admirado allí sus dones como decorador y pintor.

En un amplio estudio bañado por la luz del sol que se filtraba por una marquesina casi imperceptible pasaba horas dibujando con sus lápices o pasando una de sus mil brochas por lienzos y papeles. Pero ninguno de sus vecinos sospechaba que el señor del penthouse, tan atento y serio —aunque llevara de vez en cuando jóvenes de ambos sexos y se oyeran gritos y pasos de danza—, y de exquisitos modales con el que se cruzaban de vez en cuando en el garaje tuviera inclinaciones artísticas. Tenía aspecto de vendedor de seguros marítimos y a un vecino se le había hecho —no supo por qué razón— que era un consumado y obsesivo coleccionista de estampillas.

Ninguno de ellos, como tampoco sus allegados, había podido admirar los preciosos objetos de arte, los finísimos muebles y sus propias pinturas, enmarcadas en preciosas molduras, que había acumulado en su pent-house. Ninguno había probado la exquisitez de los licores o los exóticos platos de un cocinero chino que sólo sabía el dialecto de su aldea perdida en las montañas como la cabaña de Li-Po. Su criado, un acuerpado muchacho moreno, muy servicial y sonriente, era muy poco comunicativo. Ambos tenían hacia él una fidelidad suicida. Los había entrenado para su total entrega y eficiencia en sus funciones. El mayordomo no se metía en la cocina, y el cocinero nada tenía que decir sobre la forma como el criado administraba la casa, con la ayuda ocasional de personas que iban a restaurar un cuadro o un tapiz, o a limpiar un tapete, pintar un muro o hacer alguna reparación que él no estuviera en capacidad de hacer.

El apartamento tenía dos niveles. En el segundo pasaba él la mayor parte del tiempo, sin ver al criado o al cocinero. Allí, pues, reinaba él. Allí podía hacer lo que quisiera con sus invitados, que salían o entraban por el ascensor privado. Howard Hughes no se hubiera sentido más seguro. Si como él hubiera escogido no llevar una vida normal ni una vida secreta sino una del todo anormal habría podido cortar el flujo de personas que lo visitaban. Lo había hecho por épocas, cuando se había encaprichado con alguna apetitosa muchacha o un joven

esbelto —ese era otro, el mayor, tal vez, secreto de una vida con muchas reservas, en todos los sentidos de la palabra— y había querido poseer a esa persona con exclusividad obsesiva. Había cortado entonces con el mundo bastante reducido que conocía sus señas o iba a sus reuniones.

Mientras tanto su esposa, sus hijos —y se las arreglaba para que todo el mundo a su alrededor pensara lo mismo— estaban convencidos de que trabajaba hasta el stress, como decían, en las reuniones y misiones que exigían sus múltiples negocios. ¿Quién podía sospechar que llevaba una segunda y deliciosa vida que le permitía dar rienda suelta a sus instintos? Siempre había pensado para sus adentros que su secreto era el mayor privilegio que le había concedido el poder.

“Dinero es poder”, le repetía a sus nietos y sólo él —lo que hacía aquello verdaderamente delicioso— sabía el fondo de ese y de muchos otros dichos y refranes preñados de sentido común y de prudencia que decía con enorme seriedad. Todos pensaban que era una especie de santo. Inspiraba respeto. Nadie contradecía sus órdenes, aunque a veces, para no dar la impresión de ser demasiado inflexible, dejaba que uno de sus hijos o de sus nietos sembraran un desorden no muy diferente del que reinaba en otras casas más normales. A su esposa no había tenido que controlarla. Era de una devoción enervante que lo habría vuelto loco si no hubiera tenido la posibilidad de destaparse en secreto, claro.

Pero todo eso lo había perdido desde que sus dedos —enfermedad horrible— parecían pétalos de lánguidas rosas. No confiaba en nadie. No quería que nadie supiera. Había hecho arreglos para que el apartamento, con todo lo que contenía, que valía millones —tenía, entre otras cosas, algunas obras maestras robadas que había comprado en sus viajes—, le quedara a un joven que había amado mucho y que se había marchado hacia poco, desencadenando el malestar que había desembocado en el misterioso mal —ningún médico, y había consultado a los mejores de varios países, había acertado en su tratamiento—, que lo tenía postrado, indeciso, desesperado, sin saber qué rumbo tomar o qué hacer por primera vez en su vida.

Recordaba, cada vez con más insistencia, los episodios de los que había salido triunfante con ingenio, con malicia, con persistencia, con dureza metálica. La vez, por ejemplo, que, niño aún, había vendido estampillas con grandes ganancias a pesar de los saboteos de sus hermanos y de golpes de mala suerte que nunca lo desanimaron. Había viajado muy joven, con sus ahorros ya considerables, y en todas partes había invertido con maquiavélica sapiencia. Las revoluciones y los golpes de estado derechistas lo habían favorecido por igual —pensaba que desde su punto de vista eran lo mismo—, y las catástrofes que afectaron sus intereses terminaron siempre por darle, en forma incomprensible, pingües ganancias. Sólo él tomaba las decisiones y muy rara vez había fallado.

Tenía buena espalda, pero había perdido sus manos. Era increíble lo que esa parálisis o languidecimiento total de sus diez dedos lo hubiera sumido en una tal depresión. Después de todo, la gente que estaba a su alrededor estaba dispuesta a servirle. Los criados se esmeraban para cumplir su menor deseo, un trago, un pasabocas, un mandado, una razón, caprichos, lo que fuera. Les infundía un respeto religioso. A veces llegaba a imaginar que no lo veían como fulano de tal sino como una pila de doradas monedas. Sabía él, que había hecho tanto, cómo operaba el irresistible poder del dinero. Sabía que su influencia trastoca las imágenes, nuestro sentido innato de la realidad. Los hombres no son lo que son por lo que son sino por lo que parecen, y su aspecto se los da el dinero, ninguna otra cosa. Ni siquiera los países socialistas pueden sustraerse a su influjo. Se preguntaba a veces si no era malo eso, pero siempre terminaba por absolverlo. Hacer dinero, había decidido, era un juego fácil y el que no pudiera hacerlo era un idiota. De eso estaba seguro. Era lo único que pretendía saber con certeza.

Hacía que sus nietos vieran su valor en el brillo de las monedas que les daba con muchas recomendaciones y advertencias sobre la tragedia que sería perderlas o desperdiciarlas. Pero posaba de ser religioso, era necesario. No se podía luchar contra los prejuicios de las masas, que tanto daño le habían hecho a la humanidad y que terminarían por aniquilarla. Había que ceñirse a la religión y leyes del lugar donde uno viviera. El lo hacía de los labios para afuera y con el tiempo se había convertido en apóstol de la moral que firmaba artículos y hacía declaraciones contra los vicios que estaban pudriendo los cimientos de la nación y la corrupción que se enseñaba contra el mundo.

Entre más puritana era su vida pública, más disoluta. Era un sepulcro blanqueado, se decía a sí mismo, y ya no podía serlo más. Tenía que quitar la tapa de su ataúd y dejar que por lo menos una persona vislumbrara, aunque fuera fugazmente, su interior. A alguien, a su chofer, a cualquiera que lo llevara a su apartamento —con sus muñones no podía manejar— o a una distancia que pudiera recorrer a pie, le entraría una sospecha, que se volvería un chisme y un hecho con el tiempo. Además, esa era la verdadera razón, no se atrevía a revelar a nadie la pérdida de su tacto. Ya no podría acariciar la suave piel de un adolescente negro o los senos de terciopelo de una virgen de dieciséis años. Sentirían un horrible y comprensible escalofrío al percibir esas manos flácidas, esos dedos como tiras de tela y como hielo, tan fríos que cuando los sintió por primera vez en sus piernas una mañana al despertar le pareció que hilillos de agua helada corrían por ellas. Desde ese momento les tuvo pavor y las conservaba entre guantes colgando al lado de su cuerpo sentado en un asiento o dando vueltas en la biblioteca, donde se encerraba con llave hora tras hora y donde varios recipientes con pitillos de plata le permitían sorber licores o bebidas que previamente había hecho servir y preparar. Nadie lo molestaba. Estaba enfermo, postrado por la melanco-

lía, y nadie debía disturbarle. Hacía que médicos y especialistas fueran a verlo por la mañana y se encerraba el resto del día. Contestaba solo a ratos y cada vez menos al teléfono y estaba pensando desconectarlo del todo. Podía salir al jardín —en realidad un vasto bosque con lagos y cabañas— pero no tenía deseos de ir lejos. Cuando decidía dar unos pasos, llamaba al mayordomo y le daba instrucciones para que nadie estuviera por allí, o incluso lo espíara desde una ventana. No era complicado puesto que él dominaba y había convertido en territorio vedado todas las habitaciones que daban hacia occidente, donde el sol se ponía a veces como una gran moneda de oro.

No podría volver a pintar sus cuadros alegóricos, en los que, ahora que los analizaba en retrospecto, se había colado su monetarismo en forma obscena. En los cuadros de sus últimos años había en efecto pintado el sol como una brillante moneda y la tierra como una alcancía. Curioso que sólo ahora se diera cuenta de lo terriblemente vulgar que era aquello. ¿O no sería, por el contrario, una visión tan desnuda y cínica de la vida que pintaba con mayor exactitud que cualquier otra cosa la época fatídica por la que pasamos? No se decidía por ninguna de las dos evaluaciones. Había pensado llamar a su mayordomo y ordenarle que las destruyera, pero fuera de que estuviera convencido de que no le habría obedecido, no estaba seguro de la justicia del acto.

Sólo le quedaba eso por decidir. Después moriría. No quería ni siquiera leer. La máquina para pasar páginas no servía para hojear los libros, como a él le gustaba, en forma desordenada o repetitiva, en todo caso desigual y arbitraria. El cine le producía impaciencia. La música lo aliviaba, como Mozart a las flores, pero terminaba por aburrirlo. No podía dejar de pensar en sus manos.

¿Por qué le castigaba así la vida? ¿No escondía aquel mal algo demasiado sencillo? ¿Que fueran precisamente sus manos, instrumento de la acumulación capitalista, las afectadas por una enfermedad que se le hacía de la misma clase que la de Onassis. Había leído que al griego se le caían sus párpados y que su cara parecía derretirse. Era terrible, pero si hubiera vivido habría podido ponerse una máscara, o algo. Pero podía mover sus manos y palpar. Palpar. La dicha de palpar. Ver no lo satisfacía.

Hacía que llevaran a la biblioteca objetos de otras habitaciones y pasaba horas mirándolos desde todos los ángulos.

Ante todo las esculturas pequeñas, las tallas, los candlabros, los jarrones, los bibelots, los libros de arte abiertos y hasta afiches y grabados que hacía poner sobre una gran plancha de mármol, que sobre patas metálicas reinaba en un extremo del salón. Pero su frustración constante lo hacía fumar como un loco en el complicado y robótico aparato que se había hecho hacer para que le llevara a la boca un cigarrillo prendido cuando le daba la orden y se colocaba en la posición apropiada. Y bebía. Era bastante. Era mucho. El dinero se lo permitía. Pero no bastaba. La suave textura de ciertas

esculturas hacía que ansiara tocarlas como si fueran pieles vivas, apetecibles, palpitantes con el calor de sangre joven y vigorosa.

No quería tener contacto con ningún ser humano. Para todo daba instrucciones por el teléfono y cuando alguien entraba —solía ser siempre algún criado, ya que a su esposa, a sus dos hijas solteras, a sus tres hijos, de los que dos vivían en la mansión, y a sus nietos les había prohibido terminantemente que lo vieran mientras siguiera postrado— se escondía detrás de biombos o suntuosos cortinajes. No había nunca demasiados objetos —fue prescindiendo de ellos— y fuera del aparato de música y los discos o cintas, la mayor parte se concentraban en la gran mesa de mármol.

Del alto techo colgaban sus arañas que lanzaban sobre el cielo raso poderosos círculos de luz. Había numerosas lámparas pequeñas en las mesas y los estantes. Era necesario que tuviera luz constante porque había decidido correr las cortinas y vivir como Hugh Heffner, sólo que sin conejas ni corte de encantadores playboys. Se reía para sus adentros pensando en muchas cosas, imaginando, dejando que su fantasía se desbocara.

Había realizado la mayor parte de sus sueños y los que ahora tenía se parecían a los que acariciara cuando niño, al ver coser a su madre incansablemente, día y noche. Al cerrar los ojos por la noche, su imagen, bajo una lámpara de luz amarillenta que hacía sombra sobre su rostro pero iluminaba sus manos y las telas sobre las que se movían silenciosas, era lo último que veía. Y por la mañana, la encontraba al lado de la ventana con otro vestido, otra blusa, otro remiendo. Ya había preparado el café y los panes lo esperaban, deliciosos, en una canastilla sobre la mesa cubierta con hule.

Volvía a ella, y a su padre, que la había abandonado y sobre el que, por muchos años, tuvo una imagen compuesta por fotos y las historias que su madre y sus tías le contaban. Al principio lo había odiado. Después se había interesado por él y lo había buscado. Había hablado con él y desde entonces lo había ayudado y lo había amado en una forma que no se explicaba. Sólo por él sentía respeto. Era tan distinto, alegre, comunicativo, despreocupado, optimista a prueba de toda desgracia, error o enfermedad. Le había dicho que gracias a él se había convertido en millonario de fulminante éxito. Le explicaba que si él hubiera seguido al lado de su madre, habría sido un apagado muchacho sin ambiciones ni suerte. Para él todo dependía de la suerte. Veía el mundo como una gigantesca lotería manejada por Dios a su antojo.

También él había muerto —después de su madre, que había expirado en olor de santidad—, pero como ella y otros muertos poblaba los sueños en los que recuperaba su niñez. Si recuperaba el uso del tacto, si sus manos revivían, le mostraría su arte al mundo y se haría famoso. Si no por la grandeza de su obra, al menos por su descarnado enfoque de la historia.

Divagaba. Su falta de ambición política lo había convertido en un sibarita rodeado de esclavos. Si sus dedos volvían a ser sus dedos y no una enfermiza planta maléfica, no sólo sería un artista famoso, sería un dictador, un líder supremo. Su país lo necesitaba. Sólo él sabía cómo resolver sus problemas. Era experto en la cuestión agraria, en la industria y el comercio. Había apoyado a políticos con generosos fondos, pero ninguno había resultado a la altura de sus exigencias. El sería inflexible, pétreo. Haría fusilar a la “*intelligentsia*” primero y luego a los cabecillas de los gremios, los sindicatos, las cooperativas, las asociaciones, los clubes y los grupos religiosos —curas, predicadores y sobre todo cardenales, arzobispos y hasta al mismo Papa, si viniera al caso, a todos los metería en el mismo saco.

Luego empezaría a cubrir con carne nueva el esqueleto burocrático del estado y la industria. Se inventaría una religión y daría leyes, que serían impresas en libros no rojos como los de Mao, ni verdes como los de Gadafi, ni azules como los de la Virgen o negros como los misales. Ya decidiría el color. Tampoco podía ser blanco. Había montañas de libros blancos, atiborrados de mentiras y buenos propósitos jamás cumplidos. A medida que pasaba el tiempo veía con más escepticismo el curso de la historia y con más cinismo lo que lo rodeaba.

Murieron un par de nietos en misteriosos accidentes. También dos hijos y su esposa. El no asistió a los entierros. Todo le fue comunicado por teléfono. Su estado, advertía siempre, no le permitía ni salir ni ser visto. Los tapetes, que como los asientos, el escritorio, las lámparas, los cuadros y libros, jamás hacía cambiar, se gastaron bajo el repetido y obligado recorrido que tenía que hacer en sus interminables y circulares caminatas.

La biblioteca se convirtió en su celda, él en monje prisionero. No tenía deseos de salir agazapado en el puesto trasero de uno de sus carros o de viajar secretamente en sus aviones o barcos. ¿De qué le serviría? Ver paisajes y personas, ciudades y monumentos sólo empeoraría el sentido de su propia impotencia, de su horroroso mal. Era imposible que fuera un castigo, que la vida o Dios, si llegaba a haberlo, le había deparado.

Cada cual se hace su vida en la forma como reacciona ante las circunstancias que lo rodean. El, por ejemplo, habría podido exhibir su enfermedad como tantos hombres que hacen de sus dolencias la razón de ser y el orgullo único de su existencia, que llevan como si se tratara de un espléndido traje que les confiere privilegios y prebendas. Muchos lisiados que despiertan el instinto de culpabilidad de sus congéneres sanos son consentidos de la sociedad, llevados y traídos con respeto y deferencia. Jamás se prestaría él a eso. Había decidido esconder la debilidad que su destino, sus genes o una infección le habían deparado.

Todavía tenía el poder en sus manos: una realidad que ahora, en su desgraciado caso, era una metáfora llena de ironía. No se había vuelto a ver en los espejos. Había

hecho que los retiraran en su sección de la casa y se lamentaba diciéndose que todo aquello era demasiado humano, demasiado trillado y corriente para que su excepcional vida terminara en esa forma. El mal no empeoraba ni se extendía a otras partes de su cuerpo, pero sus manos eran dos helados y repulsivos capullos. Así, no podía entregarse más a la contemplación de sí mismo, como los dioses de Aristóteles o el ídolo sin alma que había sido. ¡Cuán humano todo aquello!

No era suficiente ponerse, como quien dijera, en la piel de sus millones de hermanos y hermanas de carne y hueso, o de todos los muertos que hubieron. ¿Qué eran todos esos finisimos objetos que llenaban sus casas? ¿Qué significaban sus posesiones, sus industrias, sus fondos secretos —toda la vasta y complicada red de sus intereses— como no fuera que se había equivocado desde el principio y que el poder resultara superfluo frente al propio cuerpo y a la mente que lo rige, o que rehúsa hacerlo?

¿Sería en vano todo lo que había predicado y aún publicaba? Tenía secretarios, redactores y relacionistas que elaboraban a diario montañas de informes sobre sus múltiples viajes y actividades. Habían regado la especie de que estaba en todas partes y en ninguna, porque siempre estaba en su avión, un enorme jet con todas las comodidades que apenas tocaba tierra para reabastecerse de combustible en los sitios más inesperados y remotos.

Tenía, sí, el avión, que se mantenía volando sin él. Podría morir y sólo lo que quedaba de su familia amargada, mediocre, recelosa, hipócrita, ambiciosa y de bajos instintos, sabría de su paso a la "otra vida". Ja. El no creía en eso. La otra vida. La otra vida era la oscuridad sin fin, que con su espeso manto termina por envolver la luz en el confín del universo. Les podía aconsejar que conservaran el mito de su vida perenne, que lo convirtieran en el holandés errante del espacio. Podían eventualmente comprar un taxi espacial donde su fantasma estaría a salvo de inquisitivos periodistas, fotógrafos aficionados, curiosos admiradores o dementes magnicidas. Prefería no hacerlo él. De todos modos su riqueza sería fuente inagotable de leyendas. No faltaría quien le concediera la inmortalidad. Con Henry Ford y con Rockefeller sería uno de los dioses del futuro. Había llegado a la firme conclusión de que la humanidad volvería al politeísmo, a los ídolos de barro y de metales preciosos, hastiada con el monoteísmo, que sólo había provocado el prejuicio y más sangre derramada que ninguna otra idea. Sí, de todas maneras tendría el don póstumo de hacer milagros.

Pero eso no era nada. Las imágenes en la gran pantalla o en las más pequeñas —un par que había hecho instalar entre los libros, para cambiar de ángulo y de silla—, las pinturas que hacía cambiar según su capricho estético del momento, y las láminas de los libros se le hacían cada vez más deformes y grotescas. Se derretían como si fueran cera bajo el sol. Su vista, la esencia de lo que quedaba de su ser, estaba también enferma. Perdido un segundo sentido, el más vital quizás, sólo le quedaba convertirse

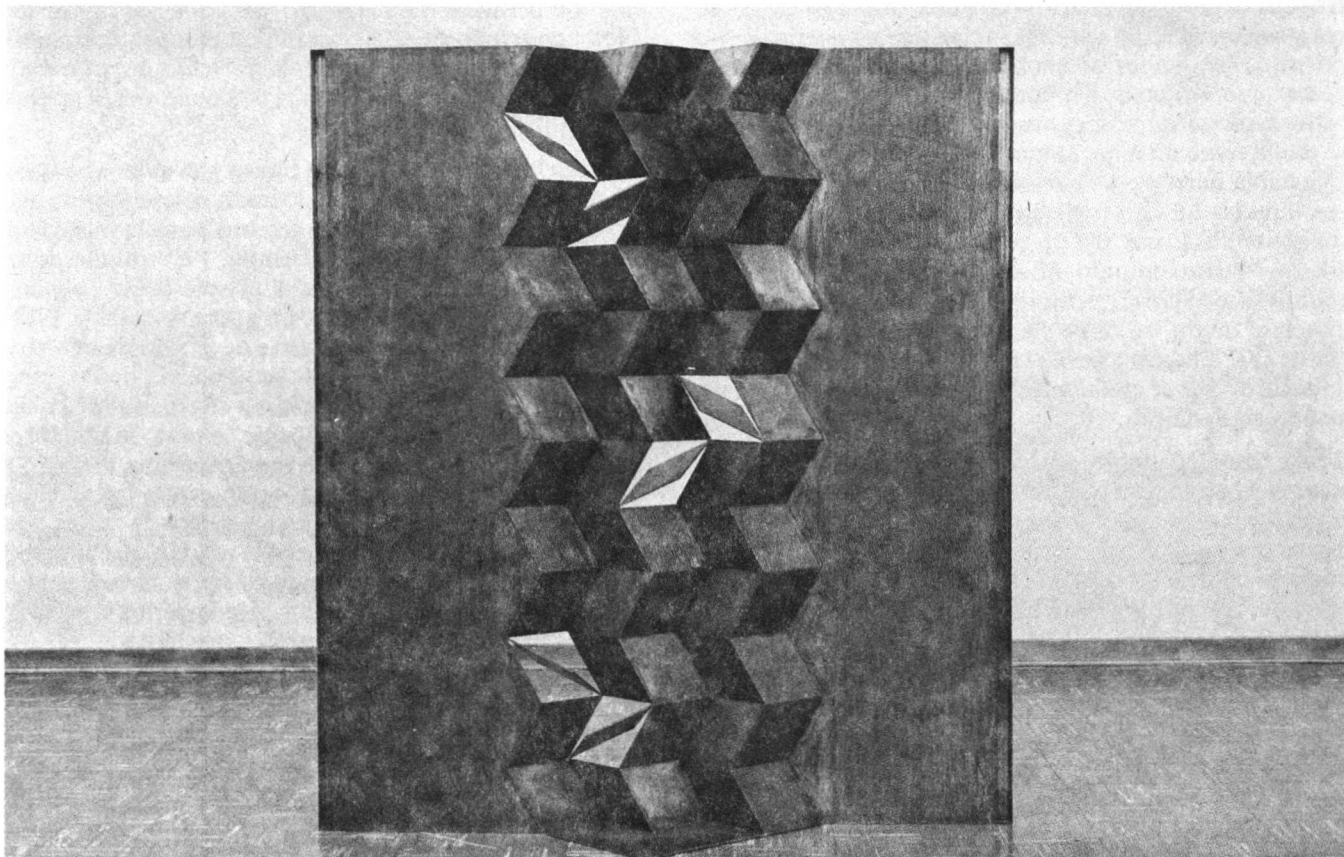
en un vegetal receptor de sonidos. Tenía que permanecer inmóvil. No quería volver a caminar a tientas. Volver a ser niño. El probaría que la Esfinge de Edipo, en su caso, se había equivocado. Los hombres no son iguales.

¿Una criatura que anda en cuatro patas por la mañana, en dos al mediodía y de nuevo en cuatro al acabarse el día? No era una descripción estrictamente aplicable a él. No había salido caminando erguido del vientre de su madre, pero había dado los primeros, firmes y seguros pasos, a los ocho meses y había hablado antes de cumplir un año. Pero ni eso, ni los otros dones de los que había dado muestra, hicieron que su padre se quedara en el hogar, de modo que sus virtudes pasaron desapercibidas. Su madre sólo tenía ojos para la aguja y los hilos, y, queriendo ser justa, no lo alabó nunca por nada, ni siquiera cuando empezó a llevar dinero a la casa, fruto de sus mil trueques en la escuela y de la panadería en la que había empezado a trabajar antes de cumplir los nueve años.

Había vendido —y comido— mucho pan, pero su actividad había sido tan frenética que al poco tiempo estaba en muchos otros negocios que tenían que ver con los alimentos: el cultivo de tomates, las papas, la cría de pollos, los mataderos. A los trece, varios adultos trabajaban fielmente para él. Vendían, revendían, cultivaban, producían... el dinero había empezado a entrar en abundancia y con pasmosa facilidad. El había sido muy discreto siempre, y muy ladino, y había fabricado una versión rosada de su propia vida, que incluía una multitud de sacrificios y vicisitudes, y que pintaba sus primeros pasos en el mundo de los negocios como un acto de sacrificio y prolongado sufrimiento. La verdad era que nunca había tenido el menor problema. Desde muy niño había aprendido a manejar a los hombres, envolviéndolos en la espesa red de sus historias, sus explicaciones y sus patrañas.

Cuando había llegado a la mayoría de edad tenía ya millones por los que no había pagado ningún impuesto. Se las había arreglado para eludirlos, pagando, eso sí, algunos con gran ostentación. Invirtió fuera de su país y cuando ya disponía de un extraordinario superávit, apostó millones a los caballos o en juegos de azar en los que siempre tenía infalible suerte. Escondía bien este don misterioso. Visitaba los casinos fugazmente y ganaba fuertes sumas, pero nunca nada que llamara sobremanera la atención.

Una estocada en la ruleta, un muletazo en el blackjack, un estoque mortal en el póker. Una lotería. Y después otra ciudad, otro país, otra lotería cobrada anónimamente, otro casino que perdía unos miles a manos de un novato con suerte que mostraba una tímida sonrisa cuando ganaba una vez más. Sus ojos brillaban con ingenua bondad. Nadie, ni el más malvado, podía negarle los frutos de lo que hacía pasar por increíble golpe de suerte, puesto que, como añadía siempre, siempre había perdido considerables sumas.



“Recuerdo de Machu Picchu No. 4, Cascada”. 1984. Altura 2.27 mts.

Inventaba pérdidas y obligaciones. No movía grandes cuentas bancarias y pedía pequeños sobregiros. Pero no le costaba ningún trabajo conseguir inversionistas dispuestos a arruinarse por él lo que jamás sucedía porque él se hacía cargo de compensarlos. La genética le había concedido el don de la elocuencia y un diabólico poder que convertía a todos los seres humanos en dóciles instrumentos de sus designios encaminados a acumular reservas. Fueron sus románticos años de aventuras, durante los que se entregó al azar, en el que tenía fe ciega. No acumulaba para tener una vejez feliz y despreocupada, lo hacía para vivir plenamente el momento. Había vivido con una sueca, una brasilera, una filipina y se había casado con una medio prima, que le había dado los hijos y se había adherido a él como una rémora a un trasatlántico. ¡La pobre!

No moriría sentado. Y se vestiría en forma para recibir la muerte. Llevaba en su cara un antifaz en el que brillaban una multitud de chispas de diamante. Se sentaba en un asiento del siglo dieciocho y esto lo había inspirado. Había adoptado la moda de la época, con pecheras de encaje, pelucas, polvos, todo. Era como el espectro de Casanova. Había hecho quitar las pantallas, y había instalado dibujos y lienzos de Fragonard, y algunas ilustra-

ciones de libros del marqués de Sade, aunque todo lo viera como un cuadro de Pollock en proceso de ejecución, sólo que tomado el chorrear de la pintura por una cámara de cine que reducía su velocidad, hasta un punto en el que su movimiento, percibido por su solitario admirador, fuera casi imperceptible. Tenía, pues, pasajeras sensaciones de firmeza y de regularidad en los contornos de las imágenes y cosas. Pero prefería la oscuridad, porque después de ese instante de normalidad todo empezaba a derrumbarse y a mezclarse en una caótica olla.

Le inquietaba todo, porque todo se confundía con las pinturas, que a su vez se iban fundiendo con su contorno. Podían tal vez llegar a convertirse en pilas o manchas de colores. Pero al cerrar los ojos comprobaba que ese mundo fluido que lo rodeaba tal vez era una creación de sus ojos deformes, inflados, inyectados, pensaba, como los de un venenoso y maligno sapo.

La repulsión que sentía hacia sí mismo lo hacía compararse con las peores alimañas, pero a nadie confiaba sus pesadillas. Sólo hablaba para dar órdenes por el teléfono. A ninguno de los dos servidores que entraban a su territorio les dirigía directamente la palabra. Por el teléfono, instalado en varios puntos estratégicos, daba ins-

trucciones para que hicieran arreglos, abrieran un libro, colgaran un cuadro —ni ellos sabían que no quería ver—, pusieran licor en los botellones, lo bañaran, le dieran de comer y lo vistieran. Un criado mudo se hacía cargo de estos menesteres para él humillantes. En esas ocasiones se sentía como un niño, lo que lo enfurecía hasta tal punto que había decidido comer cada vez menos. Prefería cosas líquidas que no tuvieran que llevarle a la boca con manos temblorosas. Ya no veía —él se decía que no quería ver—, pero su oído, ahora hipersensible, registraba todos los sonidos en el interior de un cuerpo cercano. Al sirviente mudo, se daba clara cuenta, lo estremecía un pavor casi religioso. Debía sentirse como un supersticioso esclavo que se creía, ante su amo, en presencia de un poderoso demonio.

Tenía razón el simple. Los humildes siempre tienen razón. No han tenido qué domar y esconder sus instintos tras ropajes, afeites y joyas. En todo ser intuyen, como los animales, a un miembro de su especie. Parecería que fuera lo contrario, pero en el nivel mental se ven obligados a ser así, porque no tienen otro parámetro que la naturaleza. Dios es, para ellos, un hombre perfecto y todopoderoso que se irrita o complace por las mismas cosas que sus criaturas.

Pensaba lo feliz que sería si pudiera salir a la calle disfrazado de proletario o como un campesino que observa asombrado los altos edificios. Quería ver sus oficinas desde fuera, con los ojos de un vagabundo alcohólico, de un delincuente juvenil o de una mujer embarazada. Quería ser cualquier cosa, un animal, un perro, menos ese vegetal condenado a la inacción, la oscuridad y también, cada vez más, al silencio. La música se derretía, como las imágenes o las letras, hilillos negros que caían lentamente por las páginas formando obras abstracto-expresionistas.

Sobre todo, también los sonidos, había pinceles y tubos de pintura invisibles en acción. Eran, tal vez, sus manos, que en su imaginación pintaban, no como solía hacerlo, midiendo las distancias y delineando los bordes de las cosas, sino como una especie de director anarquista, que en lugar de dar forma y construir, descomponía, obsesionado, compulsivo, incansable.

Como la música se volvía ruido, se tapó los oídos con toda clase de orejeras. Pero cuando pudo cortar casi todos los sonidos del mundo exterior, se dio cuenta de que era preferible oír cómo el mundo se volvía una masa estridente, y no oír lo mismo dentro de su propio cuerpo, es decir, tener la sensación neta y clara de que sus venas, arterias y órganos se convertían en instrumentos de una orquesta espeluznante que amenazaba hacerlo reventar como una bomba de caucho en una fiesta infantil.

De vez en cuando se levantaba de su asiento, se quitaba el antifaz ciego para calcular la distancia y se lo ponía de nuevo apresuradamente. Veía todo como si fuera víctima de una fiebre alta, aunque sólo fueran los sentidos lo que su mal afectaba. El gusto lo había ahogado en un

lago de permanente angustia y en los vicios que se habían apoderado de él. Le permitían una percepción distinta, un alivio al lancinante espectáculo de un mundo que reflejaba en forma exacta la descomposición gradual de su propio cuerpo.

La coca había corrompido su olfato y su gusto. La marihuana, ya no fumaba tabaco, lo hacía pasajera y dueña de su derrumbe total. Su cerebro parecía iluminarse y cambiaba su concepto del tiempo. Parecía interminable, pero pasaba velozmente. Y el opio le hizo olvidar. Debía morir, pero no quería, no podía suicidarse. Ni en sus sueños, ahora, podía librarse de la idea de que sería inmortal, de que no podía morir. Todavía podía empezar una nueva vida. Sólo esa chispa de esperanza lo mantenía vivo. De todos modos se estaba matando y, dependiendo de la droga que tomara o de la hierba o el opio que fumara, se sentía agonizante o inmortal, en las garras de horribles dolores o en los brazos de dulces, sensuales doncellas. Los sentidos se le morían, pero su cerebro sobrevivía, flotando como la tierra en un espacio vacío, que lo aislaba de todo y sólo le permitía recorrer su vida pasada, hundido en sueños que hasta hacía poco le parecían marchitos.

Sus ojos todavía derramaban lágrimas. Un día hizo abrir las cortinas y vio fugazmente, después de muchos vanos intentos —la luz penetraba en sus ojos como un millar de agujas cuando corría su antifaz un milímetro—, los árboles, manchas verdes, y un pájaro que cruzó raudamente, una mancha oscura que se volvió un punto ahogado por una ola inmensa y azul. El dolor se tornó insoportable, pero no duró mucho. Después de un rato, una tristeza infinita se apoderó de él, y lloró, no desesperado, sino como recordaba que lloraba su madre, sin resentimiento, con dulzura, como un cachorro recién nacido pidiendo su alimento.

Hacía tanto que no lloraba que no se reconoció y olvidó sus posesiones, su leyenda, y hasta su nombre. También que quería distinguirse de Edipo, y de todos los hombres que han sido y serán, y probar que la Esfinge no tenía razón. Ya no quería volver a ser niño, porque ya lo era. Lo encontraron como un feto, sobre el sitio más gastado de un tapete persa. No tenía el menor síntoma de su enfermedad, y el dedo pulgar de su mano derecha estaba metido entre su boca.

Lo encontró su nieto menor, que llevaba años espionándolo y que había previsto su muerte. Ya era su único heredero. Se había encargado de aniquilar lo poco que quedaba de la familia, y presidía ruidosas orgías en el apartamento secreto del viejo. Había hecho quemar sus pinturas y ahora era feliz y famoso. Era el joven más rico del mundo...